

La temporada en el casino duraba tres meses. El resto del año Chispita hibernaba en un chalet de troncos en medio del bosque, haciendo vida de ermitaño, sin servicio doméstico y sin vecinos. Como tantos cómicos, era un melancólico y un misántropo. El humor se le terminaba en el momento de pronunciar los chistes, y le dejaba un amargo vacío. Le habría gustado llamarse "Chispita, la Gota de Hiel". De año en año, no renovaba sus chistes, como si se hubiera propuesto ver cuánto resistían con vida, roídos, deshilachados, cayéndose a pedazos de tan usados. De noche se le aparecían, tratando de amedrentarlo, flotaban sobre su cama de dosel. Y cuando se convencían de que no servía de nada se escabullían al páramo, con gemidos.

Voz melódica, voz del bosque

Bellos ardecidos clásicos en los países budistas. Hombres y mujeres caminaban por los barrios humildes llevando en la mano una jarrita de plata llena de agua. En la eternidad de la pobreza no podía intervenir ninguna novedad permanente. Lo único permanente era la eternidad cotidiana. Y sin embargo... De pronto todos alzaron la vista al cielo. Y en el cielo había una gota, la gota que decidió hacerse visible. Era roja, rosa, verdosa, azafraán, anaranjada, turquesa, un poco fosforescente, arcicopelada, tensa, con un hoyuelo. Estaba llena de sí misma, hueca, vacía, un agujerito en el aire. Bajó lentamente, llegó al nivel de la tierra antes de que se hiciera de noche. Los budistas pobres quisieron apoderarse de ella. En su formato fluido, hacía de bisagra entre lo público y lo privado. La existencia de las masas indigentes asiáticas había tomado un carácter público de estadística y problema social; la privacidad y el secreto estaban limitados a la vida de los ricos. Las jarritas de plata, adquiridas

con prolongados ahorros y cuidados, como tesoros, personales o familiares, eran un antecedente de articulación público-privado. La gota las hizo anacrónicas. Al fin nadie se atrevió a tocar a la gota, alrededor de la cual creció un bonito parque, que por su carácter de sagrado sirvió de refugio a los pequeños zorros que de otro modo se habrían extinguido.

Pero la selva seguía avanzando sobre los países budistas. Y con las selvas las serpientes, que se aventuraban a las aldeas, y bebían la leche de las cabras y la sangre de los niños. Se enroscaban en las piernas desnudas de los devotos del loto y los hacían trastabillar. Un contratiempo legendario que tuvo una solución histórica. Pues desde el momento en que los pobres renunciaron a transportar la consabida jarrita de plata, tuvieron las dos manos libres y pudieron presentar combate a las escurridizas sierpes.

La gota, entronizada en el centro del parque de los zorros, fue llamada Dios Próspero Brillantín. No se movía, no hablaba, no gesticulaba. Pero todos los pensamientos iban hacia ella. Los antropólogos del té la estudiaron en sus efectos sociales, y también en su sustancia. ¿Era de gel? ¿De seso? ¿De mantecol? No pudieron decidirlo. Por el olor, pensaron que podía ser una partícula de Luna. Con los efectos no fueron más lejos, porque siempre eran indirectos, demasiado indirectos. El pueblo humilde creó la tradición de confeccionarle bonetes de seda a los zorros, cada familia de un color y estampado característico. Tal como había sucedido con las jarritas, no escatimaban gastos con tal de disponer de las mejores sedas, aun privándose de comida. Los antropólogos estaban perplejos. Sentían que tocaban el secreto de la pobreza, pero lo tocaban de lejos, a control remoto.